

## LA DEMOCRACIA DESDE EL DISCURSO. VINCULACIONES ENTRE POLÍTICA Y LITERATURA

*democracy from the discourse. links between politics and literature*

Recibido: 14.04.2017  
Aprobado: 10.01.2018

Rosmar Brito Márquez

Profesora especialista en Lengua. Mención Lingüística y Literatura, Magíster en Literatura Latinoamericana (UPEL), Doctora en Humanidades (UCV). Docente Asociado adscrita al Departamento de Castellano y Literatura UPEL-Maracay. Correo electrónico: rosmyte@hotmail.com.

María Susana Harrington M.

Profesora especialista en Lengua y Literatura. Magíster en Literatura Latinoamericana (UPEL), Doctora en Educación (UPEL) Docente Asociado adscrita al Departamento de Pedagogía e Investigación UPEL-El Mácaro. Correo electrónico: susanhm23@gmail.com.

Resumen: La literatura, como construcción discursiva, se ve permeada por las coordinadas espacio temporales en las cuales se insertan sus autores. Si bien su propósito no es convertirse en una proclama política, es inevitable que en las novelas venezolanas contemporáneas se vea reflejado el país con todos sus avatares sociales, políticos y económicos, invitando al lector a hacer sus propias interpretaciones de las inconsistencias de la democracia actual. En tal sentido, resulta oportuno plantearse algunas reflexiones acerca del modo en que se representan las características de este sistema de gobierno, así como su ponderación por parte de escritores y receptores en la medida en que los personajes sugieren vivencias específicas condicionadas por las concepciones y las prácticas políticas que colocan en tensión los vínculos entre el discurso oficial y las propuestas de las recreaciones ficcionales. En concordancia, se reconoce que ha sido una constante de nuestras producciones, específicamente narrativas, la exploración de las motivaciones,

realizaciones y alternativas en el ejercicio de la ciudadanía. Para valorar los aspectos mencionados, se propone el acercamiento a las novelas: *Los cuatro reyes de la baraja* (1991) de Francisco Herrera Luque, *Doña Inés contra el olvido* (1992) de Ana Teresa Torres, *Nosotros todos* (2012), de Manuel Acedo Sucre y *Patria o muerte* (2015), de Alberto Barrera Tyszka. En estas se apreciará la textualización de proposiciones teóricas, entre ellas, la referencia a los líderes que emergen en y de los tiempos de crisis que debieran constituirse como símbolos de paz, trabajo y progreso: nace así la figura del caudillo. Un constructo que será el punto de partida para re-descubrir un comportamiento que determina la configuración, es decir, los modos de comprensión y asimilación de las relaciones de poder, en la sociedad venezolana.

Palabras clave: Democracia, novela, caudillo.

Abstract: Literature, as a discursive construction, is permeated by the temporal space coordinates in which its authors are inserted. Although its purpose is not to become a political proclamation, it is inevitable that in contemporary Venezuelan novels the country will be reflected with all its social, political and economic avatars, inviting the reader to make their own interpretations of the inconsistencies of the current democracy. In this sense, it is appropriate to consider some reflections about the way in which the characteristics of this system of government are represented, as well as its weighting by writers and recipients insofar as the characters suggest specific experiences conditioned by conceptions and beliefs. political practices that place in tension the links between official discourse and the proposals of fictional recreations. In agreement, it is recognized that it has been a constant of our productions, specifically narratives, the exploration of the motivations, realizations and alternatives in the exercise of citizenship. To assess the mentioned aspects, the approach to the novels is proposed: *The Four Kings of the Shuffle* (1991) by Francisco Herrera Luque, *Doña Inés against oblivion* (1992) by Ana Teresa Torres, *Nosotros todos* (2012), by Manuel Acedo Sucre and *Patria o muerte* (2015), by Alberto Barrera Tyszka. In these the textualization of theoretical propositions will be appreciated, among them, the reference to the leaders that emerge in and of the times of crisis that should be constituted as symbols of peace, work and progress: the figure of the caudillo is born. A construct that will be the starting point to re-discover a behavior that determines the configuration, that is, the modes of understanding and assimilation of power relations, in Venezuelan society.

Keywords: Democracy, novel, caudillo.

## Introducción

Tradicionalmente se pensó la literatura como un discurso accesorio, por tanto prescindible, cuya única finalidad consistía en ofrecer disfrute estético. Los ejemplos abundan para desmentir tal acepción. Particularmente, la Venezuela contemporánea demuestra, mediante su narrativa de ficción, la estrecha relación que mantiene con los otros discursos creadores de imágenes de país, democracia, ciudadanía e identidad. En tal sentido, se pretende la revisión de algunas novelas que, a la par de proposiciones literarias, constituyen aportes para el análisis, la reflexión y el cuestionamiento de las prácticas políticas y sus asideros referenciales.

Para el desarrollo de los planteamientos, se estructura el artículo en tres apartados. Los dos primeros ofrecen las disertaciones de diversos teóricos y críticos acerca del devenir venezolano, los intentos de establecer la república democrática, el papel de los intelectuales en la conformación de las ideas que debían sustentar el ejercicio coherente de esa forma de gobierno, así como la imposibilidad de consolidar las aspiraciones subyacentes en el imaginario desde la centuria decimonónica. A partir de tales consideraciones, la tercera parte constituirá un acercamiento a las novelas seleccionadas.

## La Democracia en Venezuela: concepción y práctica. Realizaciones im-posibles

*Tenemos la obligación de ser pensadores de nuestro propio país porque pertenecemos a naciones irresueltas, en búsqueda de soluciones ideológicas que no llegan, o desgraciadamente llegan.*

Ana Teresa Torres

De acuerdo con su etimología, la democracia se concibe como gobierno del pueblo, ahora bien, puede ejercerse directamente o por medio de representantes con la finalidad de producir el mayor bienestar posible en términos equitativos para la población sin que medien discriminaciones. En concordancia, valga citar a Enrique Bernardo Núñez (1987: 194), quien ya en 1963 afirmaba:

Una democracia es la expresión de muchas voces, un equilibrio de diversas fuerzas y tendencias. Una sola voz, la de unos pocos, con exclusión de las otras, no resulta propiamente democracia. Será cuando más, una tiranía como tantas otras. En Venezuela es difícil una verdadera democracia, porque no se concibe la organización sino como el predominio de una banda sobre la otra.

Es evidente la expresión del ideal democrático en el sentido de incluir y equilibrar la participación de los diversos sectores sociales. Sin embargo, se alerta rápidamente de un mal del que adolece el sistema venezolano: el predominio de unos (uno, en realidad) sobre los demás. Se percibirá, a todo lo largo de nuestra vida republicana, el fenómeno del personalismo, es decir, la concentración del poder en un solo hombre<sup>1</sup>. Esto justificaría el que haya prevalecido la noción mesiánica como única vía para la solución de los problemas, en desmedro del fortalecimiento de las instituciones.

Cesarismo Democrático, publicado por primera vez en 1919, es el título de la tesis política y/o sociológica del historiador y periodista Laureano Vallenilla Lanz (1870-

1 Cfr. Pino Iturrieta, Elías (2016). *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*. Caracas: Alfa.

1936), donde pone de manifiesto la metodología de la escuela positivista, en boga por aquellos años, para examinar el devenir de la historia venezolana en función de una descripción de los acontecimientos como reflejo directo de las personalidades de los hombres que los hicieron posibles. Por esta vía se justifica la existencia del caudillo como “gendarme necesario” llamado a propiciar la estabilidad y el orden dirigidos a instaurar el progreso, con lo que se asume también el esquema lineal en el desarrollo de la historia como decurso indetenible. Este alegato se convierte en defensa del mando unipersonal que estaría repitiéndose desde nuestros orígenes como nación hasta la presidencia de Hugo Chávez.

Al decir de Ramírez Cubillán (2000: 11) esto sería posible porque de acuerdo con Vallenilla Lanz: “Nuestra historia cabalga sobre nombres y apellidos y no sobre organizaciones políticas ni instituciones; cabalga sobre hombres surgidos de la nada que en las guerras civiles alcanzaron el generalato y luego la Presidencia de la República”. Este sería el núcleo del planteamiento del Cesarismo..., puesto que desde el mismo Bolívar (e incluso Boves) los protagonistas de los sucesos políticos de nuestra Historia no han hecho sino capitalizar las emociones del colectivo hasta erigirse, en cada caso, en concentradores y ostentadores del poder dada su habilidad para sacar provecho de la tendencia popular de rendir culto al héroe, e incluso, exaltar el valor personal hasta llegar al fanatismo.

Ahora bien, durante toda la propuesta teórica se observa una referencia a los hechos acaecidos y conocidos a través de la historia oficial, aquella que habla de héroes, hazañas, victorias..., acontecimientos registrados y conservados en todas las fuentes impresas oficiales que estarían al alcance de nuestras curiosidades. Sin embargo, se advierte que así como se presentan hechos respaldados por una documentación, lo que fundamentaría “la república escrita”, también aparecen aquellas memorias (recuerdos, anécdotas, inquietudes) que forman parte de la tradición, pero que han sido marginadas al ser consideradas irrelevantes. Estas serían historias paralelas que estarían enmarcando pensamientos y sentimientos sociales complejos: intereses individuales muchas veces contrapuestos al progreso colectivo. En palabras de Vallenilla Lanz (2000: 140): “Los detalles, los hechos menudos, les petits faits, que tanto desdeñaban los historiadores retardados, constituyen la trama de multitud de sucesos, que hasta hoy no han podido explicársenos”. La anterior afirmación constituye, qué duda cabe, una posición de avan-

zada para la época en cuanto a la elaboración del discurso historiográfico visto no solo desde los grandes acontecimientos, no obstante, revela una inadmisiblesujeción al poder, la cual lejos de contribuir al fortalecimiento institucional, da fundamento teórico a una práctica perversa.

Es, en parte, el regodeo en esos detalles o en su relación con los denominados ‘grandes acontecimientos’ (Veyne, 1989), lo que permite al autor esgrimir sus conclusiones acerca de la anarquía que ha imperado en la “evolución” del país. Sobre la base de un determinismo geográfico (la extensión de la llanura y la utilización de los caballos para la guerra y las continuas rebeliones y alzamientos decimonónicos) así como cultural (el conflicto entre las etnias y la no aceptación o descalificación del mestizaje como impronta colonial), se muestra la incapacidad de los venezolanos para sobreponerse al caos sociopolítico conducente a despertar en la población el anhelo del caudillo como recurso de salvación del colectivo. Es el único ser capaz de conseguir y mantener la paz y el orden. De aquí, la sujeción y el fanatismo hacia su figura y re-presentaciones.

A finales de la segunda década del siglo pasado esta óptica postula la legitimidad (de hecho, por aceptación) y la legitimación (al registrarlo en la producción del discurso de un intelectual) de un régimen como el gomecista (posición confirmada por el propio escritor en documentos posteriores en los que se defiende de las críticas de algunos colegas). Sin embargo, como afirma Torres (2006: 90): “la historia demuestra la falsedad de la conciencia intelectual como autoridad moral. O en todo caso, la diversidad de la moral”. Esto es, los registros del pasado tanto como el propio presente están sujetos a una interpretación, la cual, sin duda, está condicionada por la ideología y la subjetividad. En este sentido, el intelectual debe vencer la tentación de imponer *su* idea para reconocer y dialogar con las posiciones de otros. Se trascendería entonces la imposición de *la* verdad por obra y gracia de la escritura emanada de los entornos oficialistas para procurar discursos abiertos a la búsqueda de una comprensión más coherente de nuestros procesos. Ha sido esta la tarea fundamental de los entornos académicos.

## Las tramas (de los) intelectuales: la democracia entre la historiografía y la novela o las vicisitudes democráticas desde la letra

*¿A qué se refiere la palabra intelectual? ¿Cuánto cabe dentro de ella? ¿Cuánto de un país de una sociedad, de un tiempo, está contenido en esta palabra imprecisa, discutible, relativa?*

Karina Sainz Borgo

Sin duda, la compleja des-articulación de la sociedad venezolana ha conducido a la aparición de las más variadas posiciones teórico críticas en relación con las ideas y concreciones de Estado, nación, cultura. Particularmente, desde el ámbito universitario emergen voces que conminan a asumir actitudes proclives no solo a la manifestación del pensamiento sino a la asunción de acciones coherentes. Al principio del trabajo señalábamos que el discurso literario no se limita a entretener o divertir, regodeándose en sus posibilidades y juegos escriturales, antes bien, incita a la revisión de los hechos históricos, de las actuaciones sociales, de las relaciones de poder y sus consecuencias.

De tal modo, para Márquez Rodríguez (1991), en nuestros escritores siempre ha estado presente la necesidad de re-crear la Historia en un intento por comprenderla por ello ha sido un tema y un referente que resulta difícil soslayar, dado que el pasado y también el presente inmediato sirven como fuente para alimentar las creaciones ficcionales. En consecuencia, entre la historia y la literatura se desdibujan las fronteras, aun cuando desde el espacio que cada una ocupa en el ámbito social aún se mantiene cierta pugna por cuanto la primera pretende ser considerada como discurso que establece la veracidad de los hechos, mientras la otra se reconoce como ficción aun cuando puede tener un asidero en la realidad (re-creación). Al respecto, White (1992) señala que ambas comparten la forma narrativa, convertida en el recurso idóneo para organizar acontecimientos pasados de una manera cronológica porque el historiador, mediante el estilo, trama el discurso e intenta cerrar las discontinuidades con el fin de conformar una visión más completa (acorde al momento histórico, su comprensión y necesidad de información) de los hechos ocurridos. En este sentido, sostiene:



La narrativa histórica (...) nos revela un mundo supuestamente ‘finito’, acabado, concluso pero aún no disuelto, no desintegrado. En este mundo, la realidad lleva la máscara de un significado, cuya integridad y plenitud sólo podemos imaginar, no experimentar (White, 1992:35).

Igualmente, otros pensadores (Ricoeur, 1995; Foucault, 1973) han dejado entrever que por más completa que aspire ser la representación histórica nunca la alcanzará porque al margen siempre habrá información y puntos de vista que no se consideraron. Todo discurso está impregnado de la ideología de quien escribe<sup>2</sup>.

Ahora bien, la novela tiene como ventaja que no aspira convertirse en una sustituta de la historiografía, pues sus propósitos son distintos y aunque la segunda, sustentada en documentos parciales pudiera considerarse un ‘conocimiento mutilado’ (Paul Veyne, 1989) la creación literaria, también, pero lo reconoce y lo convierte en un aspecto a la vez lúdico y reflexivo en la medida en que juega con las opciones de lo que pudo haber sido, cómo y por qué, así sugiere modos de ser y de hacer. De tal manera, su tarea es más bien deconstructora y, aunque resulte paradójico, aun cuando la novela abandona todo intento de totalización y se asume limitada en su imposibilidad de representar el pasado, logra reflejar miradas diversas de una realidad social desde las libertades que ofrece la ficción.

Por tanto, en el caso que nos ocupa hablar de democracia, en el contexto venezolano, implica referirse también a sus novelistas, quienes han contribuido a fundar el país desde las páginas de sus producciones en las cuales los personajes han sufrido los aciertos y desaciertos de esta forma de gobierno que, formalmente, se inicia a mediados del siglo XX, pero que se configura en el siglo anterior<sup>3</sup> y tiene sus antecedentes en efímeros intentos de ejercicio democrático destruidos por la vía militar. Las voces narrativas se

2 Sobre este aspecto pueden revisarse los diversos trabajos del lingüista Teun Van Dijk (1947), en el ámbito del análisis del discurso, en los cuales explora las relaciones entre política, ideología y poder.

3 Tomás Straka (2017) considera que la semilla de la democracia se sembró en el país desde los tiempos independentistas, dado que las ideas básicas de representatividad, elecciones y libertades individuales, estuvieron expresadas en el proyecto bajo el cual los “Padres de la Patria” concibieron la república. En consecuencia, para historiador el sentir democrático ha sido una constante, evidenciada en la lucha que los ciudadanos libraron contra los despotismos de quienes ejercieron el dominio político del país durante los setenta años de autocracias caudillistas vividos entre la Guerra Federal y el fin del gomecismo y posteriormente durante la década (1948 a 1958) cuando se logró cristalizar el “sueño democrático” en 1958, gracias a una activa participación de los civiles.



pasean por todos los gobiernos de la llamada democracia representativa hasta la actual democracia participativa, convertida en los últimos años, de acuerdo con la opinión de algunos historiadores nacionales y foráneos (Pino Iturrieta, 2017; Blanco Muñoz, 2017; Krauze 2017), en una suerte de dictadura que, a principios del siglo XXI, exhibe unas particularidades inéditas.

Al ser estas creaciones textos de la cultura y, por consiguiente, expresión de un imaginario social están impregnadas de la ideología del autor, por ende, van dando cuenta de que toda creación literaria es producto de una posición de un individuo frente al mundo, surgida de las complejas relaciones de la vida en sociedad (Bordieu, 1995). Así, por ejemplo, se puede leer en Sánchez Rugeles (2010):

Hoy día, valdría la pena plantear a los creadores de ficciones, artistas plásticos, músicos y demás ingenieros del espíritu, la posibilidad de constituir el ciclo narrativo de las **democracias artificiales**. Aquellas que, tras una vulgarización y vigilancia opresiva del voto, propugnan ideologías sin ideas, socialismos asociales e inventan banales efemérides con el fin de promover conflictos innecesarios y hacer apología de la guerra.

La anterior constituye una expresión de las preocupaciones de nuestros intelectuales por pensar la nación a partir de una escritura de ficción en la cual se develan las insatisfacciones e incongruencias, pero también los anhelos por concebir y hacer posible un país distinto, labor necesaria que no se agote en los signos de la nostalgia, el desencanto o la incapacidad, porque como propone Kozak (2008), por más dantesco que parezca el panorama, no podemos negarnos a seguir buscando las alternativas conducentes a trascender las circunstancias adversas del momento actual.

## La recreación historiográfica como constante:

### Des-escrituras del país

De acuerdo con los planteamientos precedentes, proponemos el acercamiento a un corpus novelístico que, en la variedad de autores y proposiciones, exhibe un interés común: el decurso de la sociedad venezolana en cuyas cronologías se van trazando las

aristas de la inconformidad y el desasosiego, la impotencia y la incertidumbre; también, paradójicamente, de la esperanza y sus alternativas, por cuanto no deja de manifestarse la complejidad de los matices según las plurales perspectivas acerca de la sociedad.

En primer lugar, encontramos *Los cuatro reyes de la baraja*, la cual es una de las novelas de Francisco Herrera Luque (1927-1991), aparecida el mismo año de su muerte. Esta se estructura en tres partes que van dando cuenta del panorama venezolano desde la fundación de la república hasta los estertores del régimen perezjimenista, pero haciendo especial énfasis en la figura de Antonio Guzmán Blanco. En realidad, las alusiones a otras épocas y actores devienen situación dialógica con los comentarios del relato y el análisis que los tertuleros hacen del llamado “Ilustre Americano”. Las conversaciones tienen lugar en la plaza frente al Panteón Nacional y en sus bancos, además de los mencionados, están unos estudiantes que escuchan y ocasionalmente participan. También interviene el Benemérito para decir:

Páez, Guzmán y yo somos los reyes de la baraja. Páez es el Rey de Espadas, porque tuvo que echar más machete que todos nosotros juntos; Guzmán es el de copas, por ser *fisno* y elegante, y yo, como no tengo modales, según dicen los malos hijos de la patria, no puedo ser otro que el Rey de Bastos... (p. 10).

Luego, para referirse a Betancourt expresa: “Él tendrá que ser necesariamente el Rey de Oro, lo que le asegurará a Venezuela, no sé si para bien o para mal, mucho dinero, progreso y riqueza” (p. 11). A partir de este momento, las referencias a tiempos distintos a aquél en que Guzmán Blanco ejerció su influencia en el país se realizarán para mostrar cómo, a pesar de transcurrir el tiempo, los problemas sustentados en el imaginario social tienen siempre el mismo fundamento: La manera en que se comprende y se asimila el poder. Podría decirse que la obra completa de Herrera Luque es una recreación -fabulación en sus propios términos- de la Historia del país, que entreteje aspectos tradicionalmente no apreciados o vistos como inconexos dentro de la gran trama histórica nacional. Por tal razón, puede hablarse de una constante escritural que, en esta novela en particular, adquiere matices específicos por la lucidez con que logra articular aspectos fundamentales de las esferas privada y pública en las vidas de quienes han ocupado roles protagónicos en la configuración del país, la identidad, la ciudadanía. Nociones que nos inquietan y conmueven por el conflicto que aún hoy nos plantean.

Vemos entonces que sobre la base de unas coordenadas témporo espaciales más o menos comunes, Vallenilla Lanz y Herrera Luque adoptan perspectivas distintas. Obviamente no sólo por los rasgos específicos de los órdenes discursivos utilizados (argumentativo y narrativo, respectivamente) sino por el modo en que se ubican frente al material primigenio: el discurso historiográfico. Si, tal como hemos visto, para el primero resulta pertinente la figura del caudillo y a él se debe la imagen de progreso; el segundo ya nos hace ver en *La historia fabulada* (1981) cuan lejos está él de creer algo semejante: “Decir que estamos en vías de desarrollo es un eufemismo para ocultar nuestro atraso” (p. 37). Atraso que tiene una relación intrínseca con el hecho de que en Venezuela hayan prevalecido los hombres y no las instituciones. Circunstancia que ha devenido, en algunos casos, en ejercicio de la tiranía y en confusión de términos y concepciones.

Por ejemplo, debería revisarse para profundizar en el sentido dado a democracia cuando parece rozar el significado de oclocracia y autocracia, según vemos en el texto de Vallenilla, puesto que parecen con-fundirse, en reiteradas ocasiones, pueblo y multitud (de connotaciones políticas diferentes) con el uso ilimitado del poder por parte de una sola figura de autoridad. Se hace evidente, a nuestro modo de ver, que su visión lo hace “adecuar”, las palabras para que representen positivamente su posición ideológica. Mientras tanto, desde la fábula, Herrera Luque juega a construir personajes que muestran una complejidad psicológica que procede a desmitificar los referentes utilizados para rescatar detalles domésticos, cotidianos, que nos revelan miradas diferentes a las elaboradas por el discurso oficial. También intereses personales que terminan por imponerse a la necesidad de la mayoría o las apariencias. En la novela, aparece como reflexión de Guzmán Blanco:

Para ejercer la autocracia o la dictadura, que surge como reacción frente al caos, además del ejército y la legitimidad, hay que dar algunos pasos para asumir el poder absoluto, como crearse una imagen de ser providencial. Ha de ser bizarro y glorioso, sobrehumano e incansable. Lo demás vendrá por añadidura (p. 180).

Primera interrogante: ¿No hay otra forma de procurar un orden? Luego subrayamos la frase “crearse una imagen providencial” que consistiría en hacerse indispensable e insustituible ante los otros. Formular frente a ellos que el proyecto personal es el mejor para el país. Mas, el espacio ficticio no se limita a registrar los hechos aislados, antes bien,

se sumerge en el interior del personaje para mostrar las facetas de su personalidad, sus logros y contradicciones. Baste mencionar las conversaciones entre Guzmán Blanco y el Doctor Dubois acerca del derribamiento de las estatuas del primero y sus consecuencias. Estos y otros ejemplos posibilitan al lector introducirse en ámbitos diferentes a los registrados por la historia oficial.

No se trata de justificar o execrar. Creemos, en todo caso, que la intención de la obra literaria apunta a explorar una dimensión más completa, otra, de lo establecido, en la medida en que se develan las imposturas fraguadas desde el centro del poder: Verdades hechas a conveniencia, como decíamos al principio, para legitimar un determinado estado de cosas. En su dilatada obra Michel Foucault, entre otros, nos ha hecho conscientes de ello. Si ya Vallenilla nos alertaba en contra de ciertos maniqueísmos cuando analiza “La psicología de la masa popular”, es decir, las absolutas bondades o maldades atribuidas a las tradicionales fracciones políticas en pugna, debido a la cantidad de prejuicios y concepciones que se heredan de la Colonia y se perpetúan en la vida republicana, es dable sostener la necesidad de revisar más exhaustivamente los asideros o anclajes de nuestras formas de ser y hacer en sociedad. Después de todo, no puede olvidarse que la literatura vuelve con insistencia sobre los nudos críticos de nuestro imaginario cultural y sus asociaciones con aquello que subyace en el inconsciente colectivo.

De modo que en ese diálogo entre la obra y el contexto en que se produce, nos encontramos, de acuerdo con Fuentes (1994), re-inventando los discursos que no nos han permitido comprender, mucho menos aclarar, nuestra dinámica sociocultural. De aquí la preeminencia que ha tenido en las últimas décadas el corpus designado como novela histórica contemporánea, que ensaya, desde los rasgos propios de la novela actual, diversos procedimientos en un intento por proponer o recuperar imágenes del pasado así como trazar sus vínculos con el devenir de las sociedades. En Francisco Herrera Luque tenemos, precisamente, a un autor que procuró a lo largo de toda su obra, tanto científica como literaria, dar cuenta de los tonos, omisiones, contradicciones o exageraciones de los que está cargada la historiografía oficial. Este acto de conciencia escritural nos ayuda a apreciar cómo en lugar de ocupar un sitio accesorio, la literatura se convierte en espacio idóneo en la producción de conocimiento de nuestras realidades.

En este orden de ideas, en la medida en que se remontó la primera mitad del siglo

XX y se fue modificando el modelo de comprensión y expresión del paradigma conceptual de la modernidad centrado en el racionalismo, se acentuó la búsqueda por hallar respuestas (quizás nuevas interrogantes o actualización de las ya existentes) orientadas a excavar en los cimientos del orden instaurado por el discurso oficial. Así, al volver sobre la novela herreraluqueana que nos ocupa, hallamos:

Los cuatro reyes de la baraja [...] han sido los hombres que a raíz de un cataclismo social o en medio de una brecha histórica, han podido cambiar el destino de nuestro país, respondiendo al mandato de la voluntad colectiva (p. 166).

Se insiste en la ficcionalización del caudillo representado en cada “rey”. Se reconoce, de este modo, su huella en el quehacer nacional, sus maneras han expresado el vínculo que une al individuo con la masa popular al responder a las pulsiones de un determinado momento. Este ser mesiánico sirve como catalizador de las inquietudes de la población que lo sigue en la espera de hallar en él las soluciones que busca pero no encuentra en y como cuerpo social. Desde una perspectiva ilustrada, moderna, esta situación jamás podría ser considerada como evolución hacia el progreso y el futuro, sino involución o estancamiento en la medida en que se depende de uno y no de todos a lo largo de la historia. En el ámbito de la ficción, al mostrar cómo el tiempo “gira y se repite”, según nos dice un personaje del uruguayo Napoleón Baccino, nos hacemos conscientes de los móviles que orientan las decisiones colectivas, las cuales parecieran girar en torno a la imposibilidad de superar añejas limitaciones.

Desde el universo de esta novela, Herrera Luque ha logrado crear personajes que conminan a una lectura plural del texto y de la sociedad, en que el manejo del espacio se articula con una dimensión temporal que apunta al anacronismo: la Caracas y el país del pasado y el presente conducidos por seres que representan construcciones arquetipales, cuyas raíces se hunden en nuestro pasado remoto. Tal afirmación puede extenderse a la segunda de las novelas publicadas por Ana Teresa Torres (1945): Doña Inés contra el olvido, cuya primera edición es de 1992:

Además, a estas alturas las promesas se han revuelto tanto que ya no hay manera de ponerlas en orden y ya no sé si Colón inventó la democracia o Rómulo Betancourt el paraíso terrenal, ni si la Reforma Agraria la prometió el liberalismo o la Independencia los adecos

(1999: 229).

Cabe destacar que ambas obras comparten la perspectiva diacrónica, lo cual sugiere que la tendencia a colocar en relación distintas coordenadas históricas, así como trazar vínculos entre acontecimientos públicos y hechos cotidianos, conduce a explorar las motivaciones, razones posibles quizás, de las percepciones particulares, las prácticas sociales y el orden instituido. La novela de Torres recorre una extensa cronología: comienza en 1715 y llega hasta 1985, donde confluyen hitos de la historia patria, miradas al acontecer político, articulaciones entre lo público y lo privado con la intención de acercar lo tradicionalmente disociado. ¿Cómo entender la venezolanidad sino representando el devenir social, descubriendo que los añejos sueños siguen sin cumplirse y que los anhelos decimonónicos siguen sin realizarse? Dice doña Inés:

... porque no había manera de gobernar en este fandango, han llovido los gritos libertarios, las consignas, pronunciamientos, asonadas, insurrecciones, alzamientos y alborotos y lo ocurrido se me presenta como una agitación indescifrable. Han llovido también libros, panfletos, gacetas y periódicos y he buscado en ellos lo que la gente de estudios pueda ofrecerme a mí, una mujer ignorante, como explicación a este bochinche (p. 92).

Varios aspectos merecen ser destacados. Por un lado, se sugiere que no hubo, y todavía no se ha logrado, la efectividad del gobierno, por tanto, se mantiene la misma visión de caos y de incompreensión de hace dos siglos. Por otra parte, los letrados aparecen como los llamados a explicar lo que ocurre, sin embargo, antes como ahora, no se logra una interpretación que resulte coherente para el ciudadano común. Más aún, de distintas formas, Kozak (2008) afirma la responsabilidad de los intelectuales<sup>4</sup> en la configuración de las ideas que debían o pudiesen orientar el desarrollo del proceso democrático, en la medida en que se dedicaron a negar sin proponer alternativas, sobre todo, porque algunos se limitaron a “institucionalizarse” al asumir compromisos políticos que los han llevado

4 En su discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia Venezolana, Tomás Straka (2016) llama la atención sobre el rol pedagógico que debe ejercer el historiador en la construcción de la ciudadanía como expresión de libertad. Ello pasa por enseñar a los venezolanos a dudar de las falacias que se esconden tras los discursos gestados desde el poder. Esto constituye un desafío que no se puede soslayar en los momentos actuales donde impera la manipulación, la falsificación y la tendencia es a adoctrinar, no formar para el ejercicio de los valores democráticos.



a justificar antes que a explicar las ocurrencias de un sistema de gobierno francamente a la deriva.

Este resulta uno de los factores que contribuyen a las visiones pesimistas acerca de la democracia venezolana, puesto que, en los años más recientes, nos encontramos con textos que se explayan en la recreación de las últimas décadas, es decir, con un sentido más sincrónico, se centran en el gobierno de la llamada revolución bolivariana. Por ejemplo, Manuel Acedo Sucre (1958) publicó en 2012 *Nosotros todos*<sup>5</sup>, su primera novela. En ella, lo que denominó en su momento José Ignacio Cabrujas (1995) como “la viveza criolla” se hace presente como un mal enquistado en la sociedad venezolana, que impide el fomento de valores y virtudes verdaderamente republicanos.

El texto cuenta cómo se manipula, de la manera más perversa, por acomodaticia, una carta del Libertador para que parezca que defiende ideas socialistas. Intencionalmente, se borran datos pero, al amparo de instituciones públicas intervenidas, se establece como verdad oficial, la autenticidad del documento. De tal forma se vertebran espacios: el público plagado de intereses económicos, de acceso a cuotas de poder; y el privado o doméstico, donde se gestan las visiones de impotencia e inconformidad frente a los embates de quienes toman las decisiones que los afectan, sin importar nada más que su propia comodidad. El panorama, entonces, es el de una sociedad indefensa, por ingenua, donde algunos viven a expensas de usufructuar el país.

-Yo no sé muy bien qué es lo que quiero. Hace un ratico me preguntabas con preocupación si es que yo ahora sí creo en esta vaina. Pues no, no creo; como tampoco creía en lo que había antes. Sin embargo, antes había cabida para un inútil como yo, un poeta fracasado que no creía en nada; ahora no, ahora hay que creer o fingir que se cree y remar en el mismo sentido de la Revolución. Las líneas están marcadas: cualquier fórmula que se aparte de lo que la Revolución espera de ti te convierte en un enemigo, en un “escuálido” – explicó *Nosotros todos* refiriéndose al término utilizado por Chávez para referirse a quienes no estaban con él- (p. 260).

5 Para este trabajo se consultó la tercera edición de 2013.



Es significativo que un personaje, el gordo Flores, se constituya en un nosotros, quienes, al final, vamos sobrellevando (la disposición lingüística funde las realidades intra y extra textual), por diversas causas, los embates de la revolución. Se apela, así, a la posición particular, logrando que cada lector se imbuya en la complejidad de los acontecimientos. Es este mismo personaje quien explica el país como un ecosistema, el cual tiene un tipo particular de depredadores. Estos funcionan como aquellos interesados en sostener el régimen debido a sus propios intereses, aun cuando todo lo demás sea caos y barbarie, involución y pérdida. De forma cínica, insta a aliarse para sobrevivir como grupo mientras se permite que cualquier dislate ocurra. Apartarse del conglomerado constituye la automarginación, es decir, se deja en evidencia que la equidad y la justicia social son máscaras de las apetencias de poder.

Cabe resaltar que se presenta el académico como un sector peligroso porque promueve la disidencia producto del “mal de pensar”. La intervención de la fundación sirve en la novela para segregar a quienes no están dispuestos a otorgarle los fundamentos intelectuales al gobierno. De aquí, que haya individuos dispuestos a apropiarse de las instituciones para imponer tales bases, cuando en realidad están usufructuando el conocimiento, tal sería el caso del saber histórico. El acto de despojo tendría diversos fines: no invierte en infraestructura ni en la elaboración de ideas con asideros teóricos válidos, desprestigia a los disidentes y, mediante esta estrategia, se reserva el establecimiento de una verdad a conveniencia. En definitiva, todo se orienta a cuestionar el orden establecido, cuando en el sustrato no es sino un gran acto de adulación hacia la figura del caudillo que, aunque no aparezca sino referencialmente, termina moviendo todos los hilos de la trama, puesto que solo a él se intenta complacer.

En este orden ideas, aparece *Patria o muerte* (2015), de Alberto Barrera Tyszka. La singularidad de este texto radica en la omnipresencia de Chávez aun cuando no aparece nunca. Se cuenta la cotidianidad, las plurales historias de quienes viven en la capital de Venezuela sin saber qué pasa con la salud del presidente. De tal forma lo contado se inicia con el anuncio de la partida hacia Cuba, el desarrollo de una enfermedad por demás desconocido, mientras la población vive en ascuas. Leemos:

Por más de diez años, Chávez había refundado el Estado y el país como un sistema que solo funcionaba girando a su alrededor, pronunciando su nombre. La posibilidad de que ese centro fallara, des-

apareciera de pronto, se evaporara o se esfumara, secuestrado por la noche, por ese desorden rutinario de la naturaleza que es la noche, producía en todos un desconcierto absoluto (p. 107).

Nuevamente, el espacio ficcional vuelve sobre la recreación de la historia más reciente, mas, a nuestro modo de ver, más que el propio Chávez, resulta fundamental lo que ocurre sin él. Es la vivencia del caudillismo sin el caudillo, así que vale preguntarse: ¿y ahora? La novela explora las vicisitudes cotidianas, la incertidumbre de una nación alestargada por el predominio de la figura de un hombre que se había colocado por encima de todas las instituciones, convocado a resolver los más mínimos problemas, los del pasado, los provenientes de un mundo que él estaba llamado a borrar y reescribir e incluso hasta los del futuro, este anacronismo se convierte en desmesura invivible: un caos que solo anuncia deriva y extravío: “Por momentos, el país parecía un espacio adonde sacar a pasear las nostalgias” (p. 43).

Y el gran drama es no hallar asideros para la sana convivencia de los ciudadanos. Todo está suspendido, gravitando en torno a la incertidumbre del destino de quien prometió todo, luego, la interrogante se centra en el hombre, ¿y la república?, ¿y la democracia? La imagen final es desoladora: dos niños solos entre la muchedumbre que despiende al caudillo. Ni unos ni otros saben qué hacer.

Esa representación permite una valoración en perspectiva. A partir de un amplísimo corpus del que las novelas escogidas son, apenas, una breve muestra<sup>6</sup>, se comprueba el interés por narrar el devenir del país, cada texto se convierte en un intento por proponer, desde la escritura de ficción, alternativas para la interpretación del imaginario cultural que no puede ser dissociado de la política, ya que ambas, literatura y política, son configuraciones o tramas de lo social.

6 En esta misma línea pueden ser leídas novelas que, aunque en claves diferentes, constituyen un registro del país desde la vivencia del absurdo cotidiano, las claves intrahistóricas, la tragedia natural, el exilio, el impacto de los medios de comunicación, etc., bien en primer o segundo plano, apelando al acontecer político o sugiriendo su incidencia en las acciones de los personajes, Venezuela será una constante en la obra de los siguientes escritores venezolanos : *Vagas desapariciones* (1995) y *Nocturama* (2006) de Ana Teresa Torres, *La Misa* (2014) de Manuel Acedo Sucre, *La cruz más lejana del puerto* (2003) de Edilio Peña, *Blue Label* (2010), *Transilvania Unplugged* (2011) y *Liubliana* (2012) de Eduardo Sánchez Rugeles, *Noche oscura del alma* (2005) de Carmen Vincenti, *Retrato de un caballero* (2015) de Miguel Gomes, *Esta gente* (2012) y *El pasajero de Truman* (2008) de Francisco Suniaga, entre otros.

La complejidad del momento actual impele a la retrospectiva, a analizar las posibilidades de un sistema de gobierno, el democrático, que no parece haber tenido las oportunidades suficientes para desarrollarse efectivamente. La voracidad de la corrupción, el ansia de poder sin preparación académica, el desprecio por el mundo civil amparado en el militarismo, la inadecuada valoración de la representación popular y los partidos políticos, percibidos como vías de obtención de beneficios personales antes que el bienestar de los ciudadanos, en fin, son muchos los aspectos que han impedido que la democracia se consolide, sobre todo, si después de todo lo ocurrido, seguimos esperando una figura mesiánica.

Las novelas referidas se regodean en la construcción de imágenes que, una y otra vez, escriben las incongruencias de la venezolanidad, la nostalgia por un pasado glorioso y la imposibilidad de un presente satisfactorio sin el cual es una falacia proyectar un futuro coherente. Creemos que, tras el artificio lingüístico, tras la invención de nombres y situaciones específicas, forma y fondo literario se unen para apelar a los lectores que hoy acceden a mundos con una pertinencia que la realidad no otorga, por desmesurada, por indescifrable desde la lógica del sentido común.

No obstante, distamos del pesimismo. Los análisis, las interpretaciones, las tramas intelectuales deben coadyuvar a pensar que si podemos escribir, podemos construir la sociedad anhelada desde los albores del siglo XIX, siempre soñada y, tal vez, ahora, susceptible de realización siempre y cuando se transiten los caminos necesarios para el reencuentro.

Para concluir, volvemos sobre el discurso de Ana Teresa Torres (2006) para con ella afirmar que “en las páginas de la literatura venezolana está escrita la historia de nuestras sensibilidades, de los complejos y diversos sentimientos que en el tiempo han ido formando nuestro imaginario” porque, precisamente, esta constituye “un lugar de refugio para lo humano, y en ella se guarda toda la expresividad que no cabe en la historia épica” (p. 97).

## Fuentes

- Acedo Sucre, Manuel (2012). *Nosotros todos*. Caracas: Oscar Todtmann.
- Blanco Muñoz, Agustín (2017). Agustín Blanco Muñoz: “La dictadura impedirá toda elección”. [Entrevista en línea]. Diario La Razón. Disponible: <https://www.larazon.net/2017/02/agustin-blanco-munoz-dictadura-impedira-eleccion/>. [Consulta: 2017, diciembre 08].
- Baccino Ponce de León, Napoleón (1992). *Maluco. La novela de los descubridores* (3ª. ed). Bogotá: Planeta.
- Barrera Tyszka, A. (2015). *Patria o muerte*. Caracas: Tusquets/Planeta.
- Bordieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, España: Anagrama.
- Cabrujas, José Ignacio (1995). *La viveza criolla. Destreza, mínimo esfuerzo o sentido del humor*. [Documento en línea]. Disponible: <http://analitica.com/bitblib/cabrujas/viveza.asp>. [Consulta, 2008, enero 7].
- Foucault, Michel (1973). *El orden del discurso*. Barcelona, España: Tusquets.
- Fuentes, Carlos (1994). *Valiente mundo nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Herrera Luque, Francisco (1981). *La historia fabulada*. Barcelona, España: Pomaire.
- Herrera Luque, Francisco (1993). *Los cuatro reyes de la baraja*. (1ª. ed. 1991). Caracas: Grijalbo Mondadori.
- Krauze, Enrique (2017, mayo 16). Mensaje al bravo pueblo. *El Nacional*, Venezuela. [Edición en línea] Disponible: [http://www.el-nacional.com/noticias/columnista/mensaje-bravo-pueblo\\_182355](http://www.el-nacional.com/noticias/columnista/mensaje-bravo-pueblo_182355). [Consulta: 2017, diciembre 08].
- Márquez Rodríguez, Alexis (2006). La historia como tema y referencia en la literatura. En Barrera Linares Luis, Pacheco, Carlos y González Stephan, Beatriz (Coord.). *Nación y literatura: Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (pp.351-

359). Caracas: Fundación Bigott.

Núñez, Enrique Bernardo (1963). Nuestro sistema democrático (p. 194). En *Novelas y ensayos* (1987) tomo 124. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Pino Iturrieta, Elías (2017, octubre 8). Votar en dictadura. *El Nacional*, Venezuela. [Edición en línea] Disponible: [http://www.el-nacional.com/noticias/columnista/votar-dictadura\\_206612](http://www.el-nacional.com/noticias/columnista/votar-dictadura_206612). [Consulta: 2017, diciembre 08].

Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. (Vol. II). México: Siglo XXI.

Sánchez Rugeles, Eduardo (2010, mayo 14). *Discurso de Recepción Premio Iberoamericano de Novela Arturo Uslar Pietri*. Caracas. [Documento en línea]. Disponible: <http://sanchezrugeles.com/viewpost.php?id=19>. [Consulta: 2015, febrero 03].

Sainz Borgo, Karina (2007). *Cuatro reportajes, dos décadas, una historia: Tráfico y Guaire, El país y sus intelectuales*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Straka, Tomás (2016, julio 21). *La historia como fuente de ciudadanía*. Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia para ocupar el Sillón Letra O. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Straka, Tomás (2017, enero 24). *La democracia un camino de dos siglos*. Discurso de Orden, Sesión Especial de la Asamblea Nacional en el marco de la conmemoración del 23 de enero de 1958. . [Documento en línea]. Disponible: <http://historico.proda-vinci.com/2017/01/24/actualidad/la-democracia-un-camino-de-dos-siglos-por-tomas-straka/> [Consulta: 2018, enero 07].

Torres, Ana Teresa. (1999). *Doña Inés contra el olvido*. (1ª. ed. 1992). Caracas: Monte Ávila.